

## CAPÍTULO IV

### LA LEGENDARIA FIGURA DE MAROF

En febrero de 1927, Marof fue apresado como consecuencia de una gira de propaganda socialista que realizó. "La Correspondencia Sudamericana" (No 1) hizo causa común con el perseguido y sacó la siguiente conclusión:... "demuestra el terror que las clases gobernantes de América Latina tienen a la formación regular de partidos proletarios, independientes y contrarios de los partidos burgueses y del imperialismo". El desterrado se dirigió a México. Pasando por el Perú, donde charló con Mariátegui<sup>17</sup>.

Gustavo Navarro adoptó un otro seudónimo para encubrir sus trabajos conspirativos. En los círculos del Partido Obrero Revolucionario se lo conoció con el nombre de Flores.

Gustavo A. Navarro viene al mundo en Sucre el año 1898, según confiesa él mismo en uno de sus escritos<sup>18</sup>. En el caso de nuestro personaje este hecho adquiere importancia. La capital de la República -al menos capital en las declaraciones oficiales- ha sido y todavía es la fortaleza de los prejuicios de sangre. Hasta las capas superiores del artesanado tienen humos aristocratizantes y consideran un alto honor el servir a un conde venido a menos.

Marof, de humildísimo origen, nunca ha podido superar su profundo resentimiento contra sus coterráneos que tuvieron el privilegio de nacer con títulos nobiliarios o de convertirse en favoritos de la fortuna. El menosprecio con el que los aristócratas flagelaron al inteligente joven Navarro abrió heridas tan profundas que jamás llegaron a cicatrizar completamente, ni siquiera con ayuda del marxismo. Con todo, la influencia chuquisaqueña sobre el político y el escritor no ha sido siempre negativa, también se tradujo en el gracejo y la ironía chispeante que distinguen a este magnífico panfletista. Muchas de sus novelas nos recuerdan la riente crítica social de Rabelais. Sin embargo, su sátira hiriente y su belicosa acción política parecen haberse inspirado fundamentalmente en la necesidad orgánica de vengarse de los aristócratas y de los poderosos, que en ningún momento le permitieron ingresar a sus círculos cerrados.

Si Navarro vino al mundo en la encopetada Charcas, Marof lo hizo en Europa. El socialista Tristán Marof se nos presenta, en gran medida, como producto de ultramar, expresa el punto culminante de la influencia de las corrientes políticas foráneas sobre el país; aunque, criollo como es, les imprime su huella.

En el ocaso de su vida Marof ha comenzado a publicar sus memorias<sup>19</sup>, cuyo primer tomito fue concluido, según sus informes, en 1956. El relato sólo alcanza hasta la "gloriosa" revolución republicana de 1920.

Los atisbos irónicos ("Enseñaba filosofía -dice de uno de sus profesores- y sus explicaciones eran tan sesudas que a él mismo le producían risa") y los pasajes bien logrados por su pluma panfletaria zozobran lamentablemente en medio de una montaña de nimiedades, repetidas hasta el cansancio, y de descripciones cursis de toda su numerosa parentela y hasta de los animales que poblaban su casa en Sucre. Lo que sí queda en pie es la serie de bocetos de los personajes notables con los que tuvo relaciones "más literarias que políticas". Con todo, es lo único de valor que se encuentra en la no escasa producción del decadente Gustavo A. Navarro.

Sus "memorias" vienen a confirmar que el desaliento y hasta la amargura lograron desplazar la incomparable impetuosa política de sus mejores años, fenómeno frecuente en los intelectuales salidos de la pequeña-burguesía. Contrariamente, su egolatría se fue acrecentando y con no poca frecuencia se trueca en terrible odio contra los que considera sus enemigos. Dedicó varias páginas para apabullar y denigrar a un condiscípulo que en los lejanos años de su niñez acertó a propinarle una descomunal paliza. Desgraciadamente no es el militante revolucionario el que nos ofrece sus recuerdos, sino el literato

17.- Algunos historiadores mal informados sostienen que "por 1927 se iniciaron los primeros signos de descomposición social descubriéndose actividades de carácter comunista" (O. Urioste) .

18.- "El año 1920, cuando Gustavo A. Navarro tenía 22 años, y se produjo el movimiento político que dió por tierra al régimen liberal..." (Tristán Marof, "Los calumniadores", edición PSOB, Editorial "Claridad", La Paz, 1940).

19.- "El año 1920, cuando Gustavo A. Navarro tenía 22 años, y se produjo el movimiento político que dió por tierra al régimen liberal..." (Tristán Marof, "Los calumniadores", edición PSOB, Editorial "Claridad", La Paz, 1940).



Gustavo Navarro "Tristan Marof"

asqueado de la política, que se sabe un frustrado en todos los planos. Marof forma parte inseparable de la historia del país durante varios decenios y sus memorias podían haber sido esa historia vista a través de la vida de un hombre. En verdad, asistimos a una nueva frustración. Considera una verdadera desgracia su ingreso a las luchas políticas y como cosa sucia aquellas escenas en las que participó. No oculta su ilimitada admiración por el republicano Domingo L. Ramírez y por el periodista Luis Espinoza y Saravia, que formó parte de la élite radical. Este último, "ducho en asuntos políticos reía de los principios y de los hombres".

Marof no posee la necesaria disciplina intelectual ni el método indispensable para escribir sobre historia, aunque ésta trate de su propia vida. Se descubre a primera vista que no consulta documentos y se atiene únicamente a su memoria; con frecuencia incurre en lamentables equívocos: a Alberto Gutiérrez le atribuye un libro que nunca ha escrito y adultera el título de la historia publicada por V. Abecia.

Por una extraña coquetería no señala la fecha de su nacimiento y estamos obligados a considerar como provisional el dato por nosotros anotado más arriba.

Pese a todas sus limitaciones y a sus enormes defectos, su nombre cubre el lapso que va de 1925 a 1935, es decir, hasta el fin de la guerra del Chaco. Más que el ideólogo y dirigente político (en este último rol demostró ser una nulidad) fue una bandera y un símbolo para el socialismo boliviano. Su leyenda, más que sus escritos, inundaba todo el ámbito nacional y alimentaba las esperanzas de los oprimidos. Este fantasma fue creado tanto por la torpe persecución policial y la maledicente campaña de prensa como por la desesperada búsqueda del pueblo de un conductor.

De una manera natural todos (antes y después de la guerra) reconocían en Marof al jefe por derecho propio. Entre los que pensaban así se encontraban las gentes simples de la calle y sin partido, pero deseosas de un cambio social profundo, los que se habían definido como stalinistas o antiburócratas y hasta los mismos anarquistas. A lo largo de toda nuestra historia seguramente nadie como Marof llegó a convertirse en el depositario de las ilusiones de las tendencias y de las clases sociales más diversas. Y tampoco nadie como él llegó a desengañar de manera tan brutal a todo un pueblo.

Como hemos visto, flotaba en el ambiente la idea de que la clase obrera debía contar con su propio partido clasista. Se esperaba que Marof crease una poderosa e invencible organización socialista, capaz de aplastar a la rosca con todos sus recursos y de vengar tanto secular ultraje inferido al pueblo. No había congreso obrero o estudiantil donde no se invocase el nombre del político perseguido y trotamundos y se aprobasen votos de solidaridad con el "líder de los explotados".

El que esta fantástica figuró se hubiese desinflado al menor choque con la realidad ha sido la consecuencia del propio desarrollo del socialismo y de la política bolivianos. Cuando ingresó al país, en medio de la expectativa general, ni hizo la anunciada revolución encabezada por los obreros y campesinos ni logró estructurar el ansiado y poderoso partido socialista. Y resulta decepcionante constar que a su paso por el escenario político no ha dejado casi ninguna huella imperecedera.

Su capacidad como literato está fuera de lo normal y su prosa, aunque torpe y a veces desaliñada, revela una fuerza y vitalidad excepcionales. Descollar sus novelas de crítica social ("Suetonio Pimienta" y "La Ilustre Ciudad"). No ocurre lo mismo con sus sátiras estrictamente políticas ("El experimento" y "El jefe"), que se ven disminuidas por su inoportunidad (invariablemente ataca a todo gobernante que ha sido derrocado) y por las bajas pasiones que le impulsan a escribir ese tipo de panfletos. Con todo, nos parece que Marof no ha llegado a producir la obra maestra que se esperaba de su gran talento. Tenemos la impresión de que no se ha realizado plenamente como literato, que ha sido frustrado por la política. A pesar de lo anotado, pasará a la historia como escritor y no como militante político. En el campo de la literatura quedan en pie sus obras. En la política sus últimas acciones han opacado y hasta destruido todo lo que hizo a lo largo de su vida.

Marof escribió desde muy joven y siempre entremezclando temas literarios y políticos. Entre sus primeros libros se tienen los titulados "Renacimiento alto-peruano, estudios filosóficos", "Cantos a Francia y a Bélgica" y "Poetas e idealistas de Hispano América".

Su novela primeriza se llama "Los cívicos", editada en La Paz, sin fecha, y su argumento, estrictamente político, permite al militante republicano zaherir despiadadamente al liberalismo en el poder:

“Los mismos esbirros de antes imperan hoy día. Sí, son ellos: los que adoraban a Belzu y recibían dinero por sus crímenes; los que bebían con Melgarejo; los que lo llamaban a Daza “talento”; los que aplaudían las barbaridades de Morales...”

“Pero ni Belzu, ni Morales, ni Melgarejo, ni Daza, corrompió el país cínicamente como Montes. Nadie repartió más prebendas interesadas que él.

En el mismo libro se incluyen comentarios de Vicente Fernández y G., director de “El Hombre Libre”, y también opiniones de Franz Tamayo, Constantino Carrión, Daniel Sánchez Bustamante, José Espada Aguirre.

Merece acápite especial el “marxismo”, de quien fue para el pueblo y las autoridades policiales sinónimo de comunismo rabioso y esto por bastante tiempo. Debuta con sus pullas contra Belzu, indiscutible portavoz de los explotados de su época.

Gustavo A. Navarro (utilizó su verdadero nombre en sus primeros escritos y en la iniciación de su actividad política) aparece en el escenario como militante republicano <sup>20</sup> y en calidad de tal interviene en la llamada revolución de 1920, que llevó al poder a Bautista Saavedra, caudillo por el que siempre mostró admiración, como expresa en el prólogo que escribió para el libro de Aramayo A. Sobre la “gloriosa” de 1920 publicó un folleto en colaboración con Vicente Fernández.

Se puede decir que Marof vivió las vicisitudes de la izquierda liberal y después de comprender la inutilidad de sus postulados emprendió el camino de la radicalización. No debe usarse como reproche este antecedente. El inquieto joven estaba buscando su propio camino. En cierto momento no sabía a ciencia cierta si estaba en el partido republicano o en el radical. “Aunque estaba en compañía de los radicales y escribía en “El Hombre Libre” no había perdido el contacto con Dn. Bautista Saavedra. Me estimaba y me distinguía confiándome tareas delicadas de conspiración que yo las cumplía con exactitud y lealtad”. Asistió al congreso del radicalismo de Oruro (1920): “Recuerdo ese acto como si fuera ayer. De La Paz viajamos más de una docena de delegados con todos los humos. Oímos los discursos del viejito Zaconeta, radical intransigente y aficionado a las letras...”

En el folleto escrito juntamente con Vicente Fernández y G., igualmente radical y republicano <sup>21</sup>, nos relata la participación que tuvo en el golpe de Estado de 1920 y vuelve sobre el tema en sus memorias. “El Dr. Bautista Saavedra, alma y cabeza de los conspiradores, tuvo aquella noche la audaz ocurrencia de charlar en los corrillos del Club de La Paz y jugar partidas de ajedrez hasta cierta hora... Transcurrieron las horas en charla animada y ocurrente, hasta que a las tres de la mañana el doctor Saavedra, con frase rotunda y seca, indicó que el verdadero motivo de su presencia era el estallido próximo de la revolución republicana”.

Marof intervino en la toma de cuarteles y de la misma policía, donde tuvieron que vérselas con el famoso “tigre” Cusicanqui.

Inmediatamente después de la revolución de 1920 fue designado Gobernador del Panóptico Nacional (La Paz), cargo que, según él, ejerció solamente 24 horas. Sus adversarios -celosos de su popularidad y de su enorme prestigio internacional como escritor- pretendieron sacar toda la ventaja posible de dicho antecedente y propalaron la especie de que aprovechó su cargo para flagelar a los presos políticos. La imputación es indiscutiblemente gratuita y este criterio no se inspira únicamente en lo dicho por el propio Marof en descargo de su conducta.

El mismo gobierno Saavedra lo envió como cónsul a Génova y es este viaje el que define su porvenir. Se hace revolucionario de izquierda y llega a abrazar abiertamente el marxismo, rompiendo de esta manera, al menos aparentemente, con todo su pasado y despreciando el atrayente porvenir que se le abría como político al servicio de la feudal-burguesía. Este radical cambio de posición se produce bajo la influencia de las poderosas corrientes de izquierda que agitaban Europa después de la primera guerra mundial y de la revolución rusa de 1917 y dentro de las cuales ocupaban lugar espectable Henry Barbusse y Romain Rolland. Se codeó con los más altos exponentes de la intelectualidad de vanguardia y desde entonces no

20.- También Fernando Siñani se inició en la misma tienda política. El Partido Republicano en esa época era considerado una organización popular.

21.- Vicente Fernández y G. y G. Navarro, “Crónicas de la revolución del 12 de julio”, La Paz, 1920.

le abandona la obsesión de ser un intelectual cosmopolita. Seguramente se siente halagado cuando se lo cataloga como europeizante. Invariablemente acusa (en su pluma la acusación se convierte en diatriba) a los otros izquierdistas de intelectuales pueblerinos y provincianos. Acaso ha contribuido en mucho a perderlo el excesivo desdén con que siempre ha tratado a sus adversarios, menospreciando su fuerza real, y esto porque anticipadamente está seguro de su victoria.

En Europa, concretamente en Bélgica, publicó "La Justicia del Inca" <sup>22</sup>, este folleto inicia la serie de numerosos trabajos políticos y de pretensiones sociológicas.

Equivocadamente sostiene que el imperio de los incas fue comunista. Equívoco imperdonable porque ya en el siglo pasado había sido superado:

"La idea honestamente comunista no es nueva en América. Hace siglos la practicaron los Incas con el mejor de los éxitos y formaron un pueblo feliz que nadaba en la abundancia. Las leyes que habían eran rígidas, severas y justas". Cita de Roumma el "interesante trabajo "L' Empire des Incas".

A pesar de afirmación tan categórica no llega a la misma tesis a la que arribaron algunas sectas peruanas, para las que la sociedad sin clases no sería más que un retorno al incario.

Inmediatamente se descubre que no maneja el método marxista y que está escribiendo sobre la historia del país únicamente con ayuda de su memoria. Su interpretación es la misma que puede ofrecer un intelectual burgués: "Y muy honestos fueron el anciano Frías, el mismo Arce, el general Campero que llegaban algunas veces por pundonor a la ingenuidad, y sin embargo tuvieron que soportar una cincuentena de cuartelazos... "

Todavía no ha ojeado un manual de economía marxista (ni para qué hablar de "El Capital", que seguramente no lo ha leído nunca) y tiene una idea curiosísima del capital (la misma que puede tener el usurero de aldea):

"En primer lugar es necesario que las exportaciones le pertenezcan al Estado, sin permitir que las dilapiden nacionales o extranjeros...

"Que no se engatuce a la gente ignorante que el país necesita capitales y brazos. Que se reflexione un poco. El capital lo tenemos en nuestras manos bajo nuestros pies. Ese capital lo exportamos a cada instante y nos pagan precios excelentes. Ese capital, sea estaño, cobre, etc. es moneda contante..."

Con todo, este folleto de 1926 tiene una importancia capital para el desarrollo del socialismo boliviano porque en él aparece la consigna de "tierra al pueblo y minas al Estado" ("La única fórmula salvadora es ésta: tierra al pueblo y minas al Estado"). Durante decenios, los ideólogos y el pueblo mismo se agitarán alrededor de estas palabras que exudaban cierta magia. El congreso obrero de 1927 las incorporó a su bandera de combate.

Tal es uno de los méritos indiscutibles de Marof y al hablar de "tierras al pueblo y minas al Estado" contribuyó a que el socialismo boliviano diese un verdadero salto, a partir de esta época las masas podían volcarse a las calles para luchar por una voz de orden palpable.

En la página 55 del mencionado folleto se sostiene la urgencia de proceder a la nacionalización de las minas y se exponen argumentos en favor de los beneficios que reportaría. No es necesario repetir que, necesariamente la consigna debía permanecer como una generalidad.

En "La Justicia del Inca" se citan a Marx, Lenin y la revolución rusa.

No es exacto que Marof hubiese sido el primero en hablar de la nacionalización de las minas y de la entrega de los latifundios a los campesinos. Hemos visto más arriba que esas consignas aparecen expuestas en el programa del Partido Obrero Socialista de La Paz de 1920. A Marof le correspondió darles un mayor volumen, ciertos ribetes teóricos y una gran publicidad.

---

22.- "La Justicia del Inca", Bruselas, 1926. Libros que ha editado en Europa: "El ingenuo continente americano", con una carta de Henry Barbusse y epílogo de Amadeo Legua, Barcelona. "Seutonio Pimienta" (Memorias de un diplomático en la República de la Zanahora), Madrid.

Entre sus escritos políticos posteriores debe subrayarse la importancia de "Wall Street y hambre", "México de frente y de perfil" y "La tragedia del altiplano". En este último libro vuelve a repetir la fórmula de "tierras al pueblo y minas al Estado", de esta manera Marof se convierte en uno de sus más importantes propagandistas.

La importancia de las citadas obras radica en que difundieron el ideario socialista y "La tragedia del altiplano" contiene una atrevida diatriba contra la clase dominante. A pesar de todas estas bondades no es posible encontrar en sus páginas la teoría de la revolución boliviana y menos un análisis acerca del tipo de gobierno por el que deben luchar los trabajadores. adores. Tampoco se dice nada valioso acerca de la particular mecánica de las clases sociales en el país. Nos damos cuenta que se trata de la impotencia del intelectual que ha asimilado algunas tesis generales del marxismo, pero que no sabe cómo aplicarlas a su país sumamente rezagado. Cuando se lee a Marof se tiene la impresión de que es un europeo el que analiza a Bolivia.

En 1936 sostenía, por ejemplo, algo inexplicable en un marxista: "Un pueblo (Bolivia) dividido en tres clases sociales antagónicas, separadas hasta por los trajes: blancos, mestizos e indios"<sup>23</sup>.

El que tan pronto se convirtió en líder obrero llegó relativamente tarde al socialismo, si tenemos en cuenta su temprana iniciación en las luchas partidistas y la existencia de un amplio, aunque no muy maduro, movimiento socialista en el país.

Antes de 1920 tiene lugar la primera emigración voluntaria de Marof, cierto que pendía sobre su cabeza un proceso criminal por causas políticas. Conoció Chile y la Argentina y llama la atención que se hubiese limitado a buscar afanosamente contacto con literatos y bohemios y no así con representantes del socialismo. Ya entonces se definió como un bohemio trashumante deseoso de conquistar un lugar en la literatura internacional.

A su retorno al país, sorprendido porque sus ambiciones no pudieron materializarse, y después de haber conocido un mundo donde bullían impetuosamente las ideas marxistas, persistió en su republicanismismo y tomó parte activa en la revolución del 20. Para el socialismo boliviano fue decisiva su segunda emigración que lo llevó hasta Europa.

De su participación en las jornadas de julio de 1920 se recuerdan las crónicas que escribió de esos acontecimientos, cuya lectura es indispensable por tratarse del testimonio directo de los propios actores.

Marof es el que se afana por subrayar su conducta valerosa en primera línea, pero a ningún historiador le pareció la proeza digna de ser incorporada a la posteridad. Porfirio Díaz Machicao en su volumen dedicado a Saavedra<sup>24</sup> no menciona al militante de partido sino únicamente al cronista.

El Marof trotamundos nos ha revelado otra faceta de su personalidad: la peculiar idea que tiene de la relación entre el intelectual (sea literato o político) y el dueño de fortunas o del poder. En este terreno el temible socialista dio muestras de su apego a las costumbres feudales. No se cansó de ir en busca de mecenas que le proporcionasen los recursos económicos necesarios que le permitiesen sacar a flote su genio inédito. Sin idea exacta de lo que es un partido revolucionario, montó en cólera toda vez que algún personaje (de derecha o de izquierda) se negó a prestarle la colaboración que necesitaba. "Don José Mara (Escalier) me dio consejos sanos y llenos de prudencia, como se dan a los jóvenes, y hasta me ofreció ayudarme. Jamás llegó la ayuda que en ese tiempo la necesitaba con toda urgencia... Debo pues a la tacañería del doctor Escalier el no haber publicado el libro que le ofrecí (contra el gobierno de Montes)".

Alrededor de 1939 hubo en La Paz una pintoresca polémica oral entre Canelas y Marof y que se desarrolló en el salón de actos del Colegio Ayacucho. Menudearon los insultos, particularmente del último pero ninguno pudo decir qué es la plusvalía. El líder socialista había ingresado ya a su decadencia.

¿Por qué asignamos a Marof trascendencia dentro de la historia del movimiento obrero? No porque sea

---

23.- R. Setaro, "Secretos de Estado Mayor", prólogo de Marof, Buenos Aires, 1936.

24.- Porfirio Díaz Machicao, "Historia de Bolivia. Saavedra", La Paz, 1954.

el iniciador o introductor del marxismo en Bolivia; hemos visto que antes que apareciese aquél en el escenario el radicalismo de izquierda ya tenía su historia. Su importancia es otra: ha sido, en su tiempo, el mejor propagandista del nuevo ideario y ha actuado como polo catalizador de las masas que despertaban a la vida sindical y política. Por esto que su defección fue un rudo golpe asestado al proletariado y a la causa revolucionaria. Hay algo que es preciso añadir: Marof nunca fue organizador, ni sindical ni político, y es en este terreno en el que se denunció con mayor violencia el oportunista.

Consciente de la gran importancia que adquirió en cierto momento, se deslizó hacia un acentuado personalismo y sinceramente se consideraba un mesías capaz de desencadenar la catástrofe social con su sola presencia en el país. Mientras peregrinaba por el extranjero estaba seguro de que ingresaría a paso de vencedor al Palacio de Gobierno. Con semejante mentalidad, que nada tiene que ver con la concepción clasista y que, más bien, entronca en el caudillismo, era imposible que estructurase una verdadera vanguardia revolucionaria.

En 1934 participó en la organización del Partido Obrero Revolucionario (el congreso respectivo tuvo como escenario a Córdoba) y resultó, gracias a su popularidad y no a su madurez ideológica, actuando como el portavoz más visible del nuevo Partido. Hemos indicado en otro lugar que fue un error de Aguirre Gainsborg el colocar a Marof a la cabeza del POR, a pesar de su manifiesto centrismo en materia política, para permanecer él, deliberadamente, en un segundo plano <sup>25</sup>.

Surge la interrogante de si fue realmente alguna vez trotskysta. Debemos entender como a tal al que se identifica con el programa de fundación de la Cuarta Internacional, redactado por León Trotsky <sup>26</sup>. Desde este punto de vista se puede afirmar, sin correr el riesgo de ser desmentido, que en ningún momento llegó a ser un auténtico bolchevique-leninista. Al promediar la tercera década del siglo una gran cantidad de intelectuales de gran predicamento adoptó las posiciones trotskystas, parece que este hecho influyó mucho en Marof, y le dio ánimo para atacar a la burocracia moscovita, como efectivamente lo hizo y con mucho ímpetu. La experiencia ha demostrado que no todos los que se hicieron eco de la campaña de la Oposición de Izquierda eran verdaderos marxistas. Una gran cantidad de esta gente no combatía, en realidad, a Stalin sino al marxismo.

Marof se consideraba a sí mismo cómo un marxista sin partido y su "trotskysmo" vergonzante le empujó hacia la línea centrista. Adoptó como modelo al Partido Laborista Independiente de Inglaterra y no militó en la Oposición Internacional de Izquierda ni mucho menos en la Cuarta Internacional.

Recién durante la guerra del Chaco entró en contacto con los grupos de exilados (una gran parte rehusó alistarse en el ejército y otros huyeron del escenario de la contienda bélica), que llevaban una vida política activísima y estaban interesados en lograr que el gobierno los reincorporase a la sociedad boliviana. En ese medio las discrepancias internas del movimiento marxista mundial se reflejaban directa e inmediatamente.

Fue uno de los puntales de la tenaz lucha contra la guerra que sostuvo la izquierda boliviana. Una de las consecuencias de esta actividad fue su entrega por las autoridades argentinas al gobierno boliviano. Marof sacó toda la ventaja publicitaria posible de este acontecimiento, pues sostuvo, sin exhibir ningún argumento de peso, que fue condenado a muerte por socialista. El incidente dio lugar a una gran movilización de los izquierdistas argentinos y de la misma opinión pública; muchos de los antecedentes se incluyen en el libro "Habla un condenado a muerte" <sup>27</sup>. En el prólogo, Rodolfo Aráoz Alfaro lo llama "gran luchador de la liberación nacional".

A la gran agitación fueron arrastrados los mismos stalinistas. Funcionó un "Comité pro-retorno de Tristán Marof, adherido al Comité Pro Amnistía de Presos y Exilados Políticos y Sociales de América", y que estaba integrado por Benito Marianetti, Rodolfo Aráoz Alfaro, Horacio C. Trejo, Ricardo M. Setaro, Deodora Roca, Gregorio Bermann, Enrique J. Barros, Enrique S. Portugal, Elio M.A. Colle, María Luisa Carnelli, Garbosa Mello, Héctor J. Miri, Ernesto Mirón, Antonio Zamora, Luis Abello, Raúl Gonzáles Tuñón, Enrique Gonzáles Tuñón, Amparo Mom, Ivan Keswar (Alipio Valencia Vega), Rodolfo J. Puiggrós, Miguel Gratacós.

Esta organización presentó de la siguiente manera a su defendido: "es un escritor anti-imperialista y

25.- G. Lora, "José Aguirre G., fundador del POR", La Paz, 1961.

26.- "La agonía mortal del capitalista y las tareas de la Cuarta Internacional"

27.- "Habla un condenado a muerte", Ed. Logos, Córdoba, 1936.

bastante conocido en América y aun más allá del Continente.

"El Dr. Navarro fue uno de los primeros soldados de la avanzada revolucionaria que combatió encarnizadamente contra la masacre y la criminal guerra del Chaco...

"Tristán Marof, "indeseable y pernicioso" para los gobiernos dictatoriales, es también el primer soldado y orientador del POR, agrupación de izquierda que habrá de jugar muy en breve el rol más importante que partido político haya jugado en Bolivia".

Secundaron la gran agitación las siguientes organizaciones: "Comité Pro Paz y Libertad de América" de Córdoba; "Comité Pro-Amnistía" de Buenos Aires; "Liga de exilados bolivianos", etc. Para estas instituciones la lucha por la vida de Marof formaba parte de la lucha internacional contra el capitalismo:

"Sírvanos de ejemplo la liberación de Dimitroff, los movimientos del pueblo español para obtener la amnistía de los revolucionarios de Asturias y el caso de Marof, para que intensifiquemos la lucha y reclamemos en América la libertad de Luis Carlos Prestes, Rodolfo Chioldi, Serafín del Mar, etc."

En "Habla un condenado a muerte" Marof se refiere extensamente a su persona y a sus andanzas:

"Desde los 17 años vengo soportando toda clase de incomodidades, y estando aún en la facultad de derecho, esbirros policiales me condujeron a la prisión por haber protestado públicamente contra el estado de sitio que decretó en Bolivia el general Montes con motivo de la guerra europea. Meses más tarde fue nuevamente encarcelado, acusado de unos artículos contra el régimen imperante y haberme solidarizado con el director de una juvenil publicación que aparecía en Chuquisaca... Fue precisamente el caudillo de la oposición, señor Salamanca quien me dirigió una carta conmovida y alentadora a la prisión, en la cual exaltaba mis virtudes ciudadanas. Este mismo hombre, años más tarde, me "quitaría la ciudadanía" y condenaría con toda su pasión... La vida, el mundo, la miseria de nuestro pueblo, nos dieron conciencia y, antes que nadie, arrojamos puestos honoríficos y empleos a las narices de Salamanca y de todos los doctores altopereanos. Un viaje a Europa nos acabó de aclarar la mente, y cuando retornamos a nuestro país de origen... arrojamos por tierra la ficción, las medallas mentirosas y los títulos, y escribimos toda la verdad sobre la tragedia boliviana..."

"En esas condiciones nos apresó el gobierno de Siles en 1927, y desde entonces andamos. en continuo vagabundeo a través del territorio americano, unas veces en la cárcel y otras en la tribuna..."

Nos informa que Blanco Galindo, en 1930, le negó su ingreso al país "con el pretexto de que había perdido la nacionalidad por profesar ideas disolventes". Se valora en tal grado que está seguro de que a los lectores les interesará la historia de sus padres y de sus tíos: Nicolás y Domingo Ramírez.

Sabemos por la pluma de Marof que "desde 1927 existe en Bolivia real inquietud, que si ha buscado su cauce en la revolución, por diversas circunstancias, ha sentido la revolución y las ansias de un cambio profundo que le traiga la salud".

Se refiere muchas veces al POR y cita la ejemplar conducta de Bejar, fusilado en el frente de batalla. No pierde la oportunidad para relatar las varias prisiones que sufrió, en Buenos Aires.

Su entrega a las autoridades bolivianas (1936) y la leyenda de su condena a muerte se iniciaron así:

"El comisario Kussell tuvo una charla memorable e histórica en la "Sección Especial de Policía", dos noches antes de deportarme. Me dijo:

"Ud. ha dejado de ser grato para el gobierno argentino. Lo tenemos que deportar.

"El gobierno ha mirado con muy malos ojos su intromisión entre la intelectualidad de izquierda de Córdoba. Ud. debe irse. Además Ud. ha escrito sobre la guerra del Chaco y ha comprometido la neutralidad..."

"Y de esa manera fui embarcado en el "panamericano" con dos empleados, rumbo a Bolivia. Previamente en la estación de Retiro, se encontraban un "auxiliar de investigaciones" y otros empleados discretos".

La policía argentina lo conduce hasta La Quiaca, de donde se encarga de trasladarlo hasta Villazón el coronel Rivas. A su llegada a territorio boliviano los militares le abrazan, le regalan tabaco inglés y le invitan a beber cerveza. Más tarde es custodiado hasta Tupiza por el teniente Gualberto Villarroel.

El gobierno tardaba en decir su última palabra acerca de la suerte futura de Marof. Es entonces que llegan los apoyos del Partido Socialista dirigido por Enrique Baldivieso y de la Federación Obrera del Trabajo de La Paz, cuyo pronunciamiento, firmado por Guillermo Peñaranda el 26 de marzo de 1936, decía: "Amparar al infatigable luchador y auténtico socialista Gustavo A. Navarro y pedir al gobierno su libertad o su procesamiento público, quedando pendiente la clase obrera de la resolución que las autoridades den a este asunto".

Inmediatamente después se lo vuelve a expulsar de Bolivia con rumbo a la Argentina, sin proceso y sin la tan esperada sentencia de muerte. Este episodio de su vida que comenzó como una descomunal tragedia concluye como una vulgar farsa.

Parece que a Setaro se le debe la leyenda de la condena a muerte de Marof. El periodista estuvo en Bolivia y en un artículo que escribió sobre la política de nuestro país dice:

"La sentencia no ha sido dictada por ningún tribunal militar. Tampoco existe proceso. Pero la feudalburguesía boliviana ha dado su veredicto... Cuando fue detenido, el Dr. Saavedra, durante un té servido en su residencia de La Paz, expresó: "Hay que deshacerse de Marof a cualquier precio".

A su retorno a Bolivia actuó a espaldas del Partido Obrero Revolucionario y puso todo su empeño en formar una amplísima organización, tan amplia que no presentase fronteras ideológicas ni estatutarias rígidas. En cierta medida esta idea anti-marxista y principalmente anti-bolchevique, vale decir anti-trotskyista, era la expresión fiel de sus ideas y de su personalidad, anárquicas y difusas en extremo.

Los experimentos hechos por Marof para organizar un partido de masas en veinticuatro horas fueron múltiples; impulsó inclusive a un llamado Partido Socialista de Bolivia, donde, entre otros de igual estatura, militaban Wálter Guevara Arze, Alberto Mendoza López, etc. Su ensayo más serio y que concluyó en cero, a pesar de su volumen y gran duración, fue el Partido Obrero Socialista de Bolivia (PSOB), fundado en el Congreso de Cochabamba de 1939, sobre la base de una simple declaración periodística que sustituía al programa ideológico. Por esto resulta sumamente difícil filiar a esta criatura tan preciada para su progenitor. El PSOB adquirió momentáneo relumbrón y entre sus adherentes se contaban figuras descollantes del mundo social y hasta artístico, pero siempre le faltó una recia columna vertebral obrera. En el campo estrictamente sindical se vio frustrado su esfuerzo por controlar a la CSTB, aunque temporalmente logró timonear algunas federaciones departamentales. La escisión de la central de trabajadores en bandos adictos al pirismo y al marofismo no hizo otra cosa que esterilizar la lucha de la clase obrera.

En 1936 rompió definitivamente con el Partido Obrero Revolucionario y con José Aguirre Gainsborg, después de una agria disputa acerca de cuál debía ser la naturaleza del partido revolucionario en la rezagada Bolivia. Los poristas sostenían que no había más camino que estructurar una organización bolchevique, esto si no se había olvidado la finalidad estratégica del gobierno obrero-campesino. Esta concepción chocaba violentamente con las ideas que servían de base al PSOB. A veces Marof habló del gobierno obrero-campesino, pero lo hizo siempre dentro del lineamiento stalinista del tercer período.

Olvidó rápidamente el lenguaje que había utilizado en el exilio y se inclinó cada día más hacia el democratismo que tanto gustaba a los intelectuales conformistas. El objetivo era ahora no alarmar a nadie y menos al gobierno.

Cuando todavía se encontraba en la Argentina mantuvo relaciones con Busch.

Marof, una vez radicado en Bolivia, puso especial cuidado en sustituir sus ideas y su lenguaje revolucionarios y extremistas, que había utilizado invariablemente durante su exilio, por una fraseología moderada e inocua. Su nuevo programa podía ser suscrito por cualquier burgués "progresista".

Nos imaginamos que el folleto "La verdad socialista en Bolivia" (que lleva el pretencioso subtítulo de "Estudio sobre la realidad de nuestro país, escrito para la clase trabajadora") ha debido motivar, en su

época, un gran desconcierto entre los obreros <sup>28</sup>.

Los editores (los propietarios de la editorial "El Trabajo", entre ellos Fernando Siñani, que algún tiempo después resultó ser el peor adversario del autor del folleto) creyeron de su deber seguir elogiando a Marof: "con la valentía y la honestidad que le es característica, después de largos años de destierro, persecución y sacrificio, ha mantenido su fe, ha entregado su inteligencia a su país y a los trabajadores, de los cuales es su abanderado máximo". Los autores de este desmedido elogio -que, sin embargo, era cosa normal en esos días- muestran muy poca perspicacia. El talento y la devoción revolucionaria de Marof ingresaron a su cuarto menguante no bien pisó territorio boliviano, pero todos se creían obligados a cooperar con el "abanderado máximo de los trabajadores". El folleto de referencia fue económicamente financiado por el Sector Obrero Parlamentario.

Marof estaba vivamente interesado en impresionar bien a las autoridades y a la propia rosca, deseaba sinceramente desarrollar un socialismo legalista. Sus primeras palabras son las siguientes: "No somos motineros. No iremos jamás al motín".

Este panfletista (que en ningún momento ha logrado elevarse a la categoría de estudioso de la realidad boliviana) nunca ha podido darse cuenta de la particular mecánica de las clases sociales dentro del país y cuando habla de las virtudes y de los vicios bolivianos los convierte en adjetivos que atribuye gratuitamente a todos los habitantes. Sus conclusiones no solamente que son mecánicas, sino que son primitivas y hasta infantiles: "Toda la corrupción que se nota..., la holgazanería y la abulia boliviana son consecuencia de su economía pobre, suicida, decapitada en su base en el instante de nacer la República". Si ocurriese lo contrario, si tuviésemos una economía propia de un país altamente industrializado, desaparecerían la corrupción y otras taras que también se dan en las grandes metrópolis imperialistas? Es falso y es injusto sostener que los proletarios y los campesinos bolivianos sean holgazanes o abúlicos...

Donde el abandono de sus viejas ideas se presenta en su verdadera dimensión (completa revisión del viejo radicalismo) es cuando trata de la nacionalización de las minas. Hasta ese momento todos estaban seguros. (particularmente los obreros, porque formaba parte de su tradición) que la nacionalización de las minas suponía su estatización, con la consiguiente expulsión de los grandes propietarios. Se habló en ese tono desde 1920 y Roberto Hinojosa llevó la tesis a su extremo cuando dijo que la consigna de "iminas al Estado!" quería decir "iminas a los trabajadores!"

En 1938 nos ofrece Marof una versión rosquera de la nacionalización, que nada tiene en común con nuestro pasado revolucionario. Comienza por declarar que nacionalización no quiere decir entregar las minas al Estado: "Nacionalización de las minas no quiere decir entregarlas de inmediato al Estado, para que las administre y las explote. De sobra sabemos nuestra incipiente organización, nuestra falta de técnica y aun nuestra corrupción".

¿A qué se reduce esta singular nacionalización? Nada más que a un control (trascendente o no, poco importa, y esto porque se reduce casi a cero frente a la gran tarea de expropiar a los grandes potentados e instrumentos del imperialismo) sobre las minas y particularmente sobre el ingreso de moneda extranjera que importa la venta de minerales. Ahora uno comprende el sentido del apoyo otorgado por Marof a la política económica de Busch. Esta distorsión de una inconfundible consigna revolucionaria dio nacimiento a una serie de proposiciones (hasta el PURS se tomó la libertad de echar a la circulación su pequeña receta) que, ostentando abusivamente el rótulo de nacionalización, no buscaban otra cosa que poner a salvo la sacrosanta propiedad privada de los grandes mineros.

El párrafo que trascribimos pondrá de relieve la profundidad de la retirada marofista: "La transformación del Banco Minero al servicio del Estado Socialista sería el primer punto de apoyo sobre el que se asentaría la nacionalización de las minas, controlado por entidades responsables y que salgan de la entraña del pueblo... El Estado boliviano no dirigiría la institución pero los beneficios económicos tendrían que ser para él".

La nacionalización es inseparable de la cuestión del poder. Marof se niega a plantear este problema y en ningún momento dijo que dudase del carácter socialista del gobierno Busch; más bien parece partir de esta premisa.

---

28.- Tristán Marof, "La verdad socialista en Bolivia", La Paz, 1938.

Llega al extremo de sumarse al informe presentado por los ingenieros Muñoz Reyes, Guillermo Maraca y Alfheld: "Como las riquezas minerales son recursos que no se multiplican en forma periódica... es obligación del Estado fijar las providencias del caso para impedir que aquellas riquezas, traducidas en divisas, fuguen del país, para muchas veces ir a reforzar la estabilidad económica de empresas competidoras existentes en el extranjero".

Bien pronto el PSOE se disgregó como consecuencia de las disputas internas que surgieron, se reveló que en su seno había estado agazapada, desde hacía tiempo, una fracción francamente stalinista (Lima, Moscoso, etc.), que propugnaba nada menos que la fusión con el PIR.

La época peseobista de Marof concluyó muy mal: el sector más joven de la militancia lo expulsó en vista de que pugnaba por un franco entendimiento con el gobierno rosquero y los partidos de derecha; en esa época se encontraba refugiado en el Perú. La fracción rebelde, seguramente para borrar este pasado bochornoso, se inclinó hacia un petrificado infantilismo de izquierda.

Sus adversarios sostienen que desde la época del gobierno Busch actuó como un palaciego domesticado. Lo que no puede discutirse es que sinceramente aplaudió las medidas económicas adoptadas por el dictador, entre ellas el famoso decreto de 7 de junio. "El cual -dice Marof- por otra parte si hizo algo por las clases trabajadoras y dictó decretos nacionalistas..., fueron aconsejados en cierta medida por los socialistas desde muchos años atrás, como se lee en sus libros y folletos".

También es cierto que nunca rompió completamente con los pro-hombres de su antiguo partido, el saavedrista, con ellos ha mantenido y mantiene cordiales relaciones. Notorios marofistas escribieron regularmente en "La República".

Carece de condiciones para ser un magnífico orador y por eso su actuación parlamentaria apenas si fue mediocre; sin embargo, tuvo el coraje de enfrentarse al MNR, cuando éste todavía no había llegado al poder. Esa actitud es discutible porque en ese entonces las corrientes progresistas pasaban precisamente por el partido que fue tipificado como nazi-fascista.

Una vida tan agitada y discutida, que resume todo un período de las luchas sociales y que por momentos llegó a ser guía fulgurante del sentimiento socialista del país, concluye de un modo inesperado y vergonzoso: postrado ante la rosca y sirviendo como secretario privado a Hertzog y Urriolagoitia, ambos empeñados enemigos del movimiento obrero.

¿Cómo ha podido dar semejante traspie y enlodar su nombre y todo su pasado, lleno de gloria y a veces heroico? El intelectual aislado, sin partido y seguro de que en Bolivia era imposible luchar por el socialismo, esto por el atraso e ignorancia de la mayoría de la población, estaba convencido de que había llegado el momento de trabajar por su propia persona y asegurar su porvenir, por encima de cualquier otra consideración. No sabemos si habrá conseguido su objetivo, pero lamentamos sinceramente que hubiese acabado su carrera política de manera tan vergonzosa.

Todo lo que después ha hecho y dicho Marof carece de significación. Sus últimos panfletos no son más que un montón de adjetivos y es imposible encontrar ideas, sean éstas de derecha o izquierda.

Algunos pocos marxistas extranjeros supieron catalogarlo acertadamente desde el primer momento y entre ellos se destaca Liborio Justo:

"Tristán Marof... era, más que un militante político científico, un novelista aventurero de pluma panfletaria y autor de varios libros... Colocado en un terreno antioligárquico y antiimperialista. Tristán Marof escribió intensamente contra la guerra del Chaco, y luego, frente al inconstituido PC ya stalinizado, aparecía como trotskysta, aunque, en realidad, no lo fue nunca, ya que Marof solo era un liberal socializante, y en el fondo reaccionario, como habría de demostrarlo"<sup>29</sup>.

Se impone dedicarle párrafo especial a su actuación parlamentaria anti-nazi. Sus discursos fueron reunidos en el folleto titulado "El peligro nazi en Bolivia"<sup>30</sup>. En el exterior y por la misma época los socialistas

29.- Liborio Justo (Quebracho), "Bolivia: la revolución derrotada", Cochabamba, 1967.

30.- "Tristán Marof denuncia a los viles calumniadores del nazismo criollo", La Paz, s/f. Se trata de una carta enviada a "La Razón" y que no fue publicada en dicho periódico.

reformistas y los stalinistas hacían denuncias parecidas. Existe, además, un volante en el que puntualiza su agria disputa con los dirigentes del MNR. El contubernio entre la rosca y el pirismo perseguía a toda forma de oposición, a toda protesta contra el desgobierno imperante, en fin, a toda idea progresista como si fueran el nazismo mismo. El oficialismo redujo el problema político a una antinomia abstracta y, por esto mismo, absurda: la lucha entre el fascismo y la "democracia" representada por los Estados Unidos. Para el pueblo boliviano, para los intelectuales de avanzada y los trabajadores, se trataba de la lucha contra el gobierno que servía a los yanquis. Las huelgas fueron prohibidas porque dizque ayudaban a los países antidemocráticos del Eje, pero los explotados siguieron declarándolas empecinadamente. Por una serie de razones el antiimperialismo para los bolivianos se traducía en antinorteamericanismo (particularmente por tratarse de una explotación que se siente y se ve; gringo es para la gente del pueblo sinónimo de yanqui). Habían pues sobradas razones para que cuajase fácilmente la propaganda movimientista, teñida de nacionalismo y de antiyanquismo, aunque en ella se hubiese añadido una buena dosis de demagogia. El anti-imperialismo abstracto de algunos políticos y su terco apego a la democracia capitalista fueron instintivamente catalogados como puro entreguismo y como repetición de lo que se decía en el Palacio de Gobierno y en "La Razón".

De manera consciente o no, Marof resultó alineado objetivamente junto al oficialismo y a los defensores de la "democracia" norteamericana. Este error aceleró la pérdida de popularidad del dirigente político y del mismo PSOB, que publicaba "Batalla" con ayuda económica de cierta empresa imperialista y "democrática".

No existen razones valederas para poner en duda la denuncia en sentido de que los caudillos del "nacionalismo" habían tenido contactos con la embajada alemana (Marof también las tuvo, según su propia confesión), pero la campaña de aquellos contra el gobierno de Peñaranda traducía un sentimiento popular y canalizaba la radicalización de las masas. Los errores de los presuntos marxistas (tanto del PIR como de Marof) contribuyeron directamente a fortalecer al MNR y prácticamente fueron ellos los que desbrozaron el camino que le condujo al poder.

Hoy, igual que ayer, Marof siempre ha ponderado su actuación parlamentaria: "He sido el primero en la Cámara de Diputados, y luego en la prensa, en denunciar a la agrupación "nacionalista revolucionaria" como una creación nazi al estilo de todas las que han aparecido en el Continente, disfrazándose para llevar adelante sus planes con el más "rabioso nacionalismo".

Su testimonio de las relaciones de los jefes del MNR con la embajada alemana: "El jefe del "nacionalismo", señor Víctor Paz E., en los primeros años de la guerra europea, nunca ocultó sus simpatías por el nazismo, se convirtió en un agente de la Legación Alemana, visitó al Ministro Wendler y comprometió a muchos diputados; inclusive a mí. De esa manera fui insinuado a visitar a dicho Ministro, con el cual sostuve una larga charla enterándome de paso de los agentes que frecuentaban su casa. Wiendler creía que era la "oportunidad de dar la batalla al imperialismo angloyanqui y contaba para este objeto con los líderes de izquierda de todo matiz". Pensaba apoderarse de la conciencia trabajadora por medio de nosotros y provocar la revolución. Yo escuché sonriente las proposiciones del audaz e ingenuo Ministro y no volví a visitarlo. Paz Estenssoro y sus amigos siguieron frecuentando la Legación".

Considera que su denuncia del nazismo del MNR era consecuencia de la fidelidad a sus propios principios socialistas: "Yo no podía jamás, sin traicionar a mis ideas..., se aprovecharen los vivos y los que recibían instrucciones de la Legación Alemana. Si había luchado desde mi juventud por las clases trabajadoras, tenía también que ser consecuente con ellas, y salir al frente de los que pretendían engañar al pueblo. Por eso asumí la actitud de denunciar en la Cámara de representantes a los nazis criollos".